

# Evangelizar a los niños (parte 4)

La vida espiritual de los niños

**Fco. Javier Gay Alcain**

COMO NIÑOS



Recuerdo bien cómo hace unos veinticinco años una hermana me hablaba de la importancia de trabajar pastoralmente con los niños desde la Renovación Carismática. En aquel tiempo, en la Renovación de España apenas había alguna actividad directamente dirigida a ellos. Abundaban encuentros y acampadas para adolescentes y jóvenes en distintos lugares de España, pero con los niños solíamos limitarnos a pequeñas actividades sin plantearse nunca un retiro o un campamento específicamente dirigido a

ellos. Y, sin embargo, esta hermana, me insistía: estábamos esperando demasiado. Cuando empezábamos a anunciar con decisión a Cristo a los muchachos de quince o dieciocho años, hacía tiempo que su vida se había ido construyendo sin contar con Dios, salvo en aspectos superficiales. En resumen, y por expresarlo de algún modo, cuando llegábamos la tierra ya estaba arada y sembrada con muchas otras semillas y la semilla de la fe tenía serias dificultades para crecer en ambiente tan hostil.

## La vida espiritual de los niños: una realidad que necesita nuestro cuidado

Así fue como empezó toda una aventura de Dios que ha marcado la vida de muchos niños, hoy ya adultos muchos de ellos, y de aquellos que tuvimos la gracia de caminar junto a ellos. Más de veinte años de participación en encuentros y campamentos junto a los niños nos han enseñado cómo puede prender la llama de la fe en su corazón y la importancia de no esperar para anunciarles a Cristo. Es muy interesante



observar cómo hoy en día se habla de la importancia de la estimulación temprana en muchos ámbitos del desarrollo del niño y se procura favorecer lo más posible el desarrollo de todas sus capacidades físicas o intelectuales desde que nacen. Pero, reconozcamos que no hemos insistido con la misma fuerza en la conveniencia del desarrollo temprano de su vida espiritual. Y el desarrollo espiritual es todavía más importante que el desarrollo físico o intelectual.

Esto, que nosotros a veces hemos olvidado o descuidado, lo han aprovechado muy bien "otros sembradores". Mientras el alma del niño iba quedando huérfana de Cristo, se iba llenando de otras cosas. Porque el alma del niño existe, y si no se llena de Cristo y de su Espíritu, se llenará de otras inquietudes e intereses. Con nombres genéricos podríamos decir que el capricho, el consumismo, la competitividad, el propio yo, son los que van llenando su alma cuando no le damos a Cristo. Así el niño, ausente Cristo de su vida, busca ser el mejor, obtener lo que quiere, ser el más fuerte, tener todo lo que le apetece.

Parafraseando a Chesterton tendríamos que decir que cuando Cristo no llena el alma la llenarán multitud de otros diosillos. Y no pensemos que estas son cuestiones solo psicológicas. Junto a innegables aspectos psicológicos hay una relevancia espiritual fundamental. Aceptar, o no, a Cristo como Señor de nuestra vida, es una cuestión espiritual y está en el fondo de todos los aspectos que hemos señalado, porque en ellos hay siempre una decisión entre Cristo y yo.

De este modo, y como aprendices muy inexpertos, empezamos a practicar esta "estimulación espiritual temprana". La realidad superó todas nuestras expectativas. No es que los niños tuviesen la sencillez y la inocencia que les permitían creer con mayor facilidad en Dios, es que tenían también la capacidad para, de acuerdo a sus diferentes edades, comenzar a entregarse con radicalidad a Cristo y a aceptarlo como el Señor de sus vidas. La vida espiritual de los niños no es una vida espiritual de segunda, que tiene que esperar a que sean mayores para poder realizarse plena-

mente. Conforme a su edad, la vida espiritual de los niños es tan plena o tan imperfecta como la de los mayores. Se manifestará de modo diferente, pero pueden vivir tan unidos a Dios como los que tenemos más edad. Los niños sienten, quieren, sufren, tanto o más que los adultos. Y también piensan y razonan, aunque su razonamiento sea mucho más concreto y menos abstracto, pero no menos real. Así, hemos ido conociendo la delicadeza de la vida espiritual en muchos niños y niñas; hemos celebrado todos sus triunfos en la carrera de la fe, y les hemos corregido, como buenos padres en la fe, cuando no estaban creciendo adecuadamente. La vida espiritual, pues, no es patrimonio de los adultos, ni de los jóvenes, sino que es esencial a toda vida humana, y en toda vida humana debe ser cuidada. Es muy interesante cómo en nuestros encuentros también han participado varios niños y niñas con diferentes discapacidades intelectuales. También en ellos hay una vida espiritual que puede crecer del modo adecuado o puede desviarse si no la cuidamos debidamente.

